



Nahuel Moreno

**España:
Con las Cortes,
cortar la monarquía**

Nahuel Moreno

España: Con las Cortes, cortar la monarquía

(Tomado de *Revista de América*, año I, # 1, tercera época, Abril 1977)

Diseño de tapa e interior : Daniel Iglesias

www.nahuelmoreno.org

www.uit-ci.org

www.izquierdasocialista.org.ar

Copyright by *CEHUS* Centro de Estudios Humanos y Sociales
Buenos Aires, 2017
cehus2014@gmail.com



Índice

España:

Con las Cortes, cortar la monarquía

Con las Cortes, cortar la monarquía	1
Resoluciones prácticas y no declarativas	1
Cada uno por su lado.....	1
El boicot, otra alternativa.....	2
La LCR idealiza a stalinistas y socialdemócratas.....	3
Contra la monarquía en defensa de la República.....	3
¡Que vivan las Cortes! ¡Abajo el rey!.....	4
Dos programas: uno obrero “puro” y otro frente populista	5
Frente electoral, gobierno obrero y campesino, y unidad de acción	6
La unidad revolucionaria de España y Portugal.....	7
La lucha por la unidad socialista en las elecciones	8

Anexo 1

“Combate”... pero no contra el reformismo.....	9
Quien calla, otorga	9
Por qué y cómo somos internacionalistas	10

Anexo 2

De una carta a los compañeros españoles.....	11
Por la unidad socialista frente a las elecciones.....	11
¿Qué puede pasar con el socialismo dividido?.....	11
Para evitar ese desastre, la unidad socialista	12
Es la mejor política hacia el PCE.....	12

Con las Cortes, cortar la monarquía

¿Qué va a hacer la LCR española frente a las elecciones? Hemos leído con entusiasta atención, dada la importancia del documento y del problema electoral en España, la resolución del Buró Político de la Liga Comunista Revolucionaria del 14 de febrero de 1977 publicada en el número especial de *Combate* con el título “Por la unidad obrera ante las elecciones”. Este documento sintetiza aparentemente la política electoral de la Liga Comunista Revolucionaria española frente a la segura posibilidad de que para mayo o junio de este año se lleven a cabo las elecciones a las Cortes¹ españolas.

Resoluciones prácticas y no declarativas

Toda resolución de un partido trotskysta debe tener un carácter práctico, es decir, para la acción y no meramente declarativo. Por ejemplo, este documento centra su política en el intento de “constituir candidaturas obreras únicas, en base a una respuesta común a las cuestiones más urgentes del momento, sin impedir, por ello, que cada partido ejerza su derecho y su deber a difundir la totalidad de su programa entre los trabajadores”.

Concretamente, para la LCR, el eje, el centro fundamental de su política electoral, es lograr esas candidaturas obreras únicas, es decir, que haya listas electorales comunes del Partido Socialista Obrero Español, del Partido Comunista y de todas las otras organizaciones obreras: maoístas, trotskystas, etcétera. Es, pues, un llamado para la constitución de un frente obrero electoral.

Aquí surge una divergencia de nuestra parte con los compañeros de la LCR. Como lo hemos dicho anteriormente, toda resolución o llamado debe tener un objetivo claramente práctico. Esto es lo que justamente no tiene. Se caracteriza por un tono declamatorio, y que sólo plantea algo imposible de realizar, aun dejando de lado si es correcto o no. La propia resolución en su punto cuarto señala “la decisión del PCE y PS de sentarse con listas exclusivas de sus partidos (o de una eventual alianza socialista en el caso del PSOE), multiplica las dificultades para que este acuerdo pueda llevarse a cabo. No obstante, creemos que es un objetivo que debe mantenerse. Para emplazar a estos partidos a adoptar una actitud unitaria, y en general, impulsar ante las elecciones una batalla por las reivindicaciones arriba señaladas, es necesaria la actividad más unitaria de las organizaciones de la izquierda del movimiento obrero”.

Cada uno por su lado

Estamos a tres o cuatro meses de las elecciones y la LCR reconoce que es muy difícil lograr listas comunes de los distintos partidos obreros; o dicho con sus propias palabras, “las dificultades se multiplican”. Nosotros, no sospechamos, sino que aseguramos que concretar estas listas es imposible. Por una sencilla razón: porque el PCE y el PSOE, con todo el derecho democrático que

¹ Las Cortes son la legislatura de España; es un parlamento bicameral compuesto del Congreso de los Diputados y el Senado. [Editor.]

les asiste a concurrir a la confrontación electoral para ver cuál de los partidos tiene más fuerza dentro del movimiento obrero, han resuelto presentarse con “listas exclusivas de sus partidos”.

En líneas generales esto es correcto. No está en juego ninguna razón de principio, todo lo contrario, el principio es éste: participar cada partido obrero por su lado en las elecciones con el propósito de medir la fuerza de cada uno. Los acuerdos deben venir después, en el parlamento, alrededor de determinados puntos programáticos.

Considerando este punto de vista, una resolución electoral en la España de hoy, si quiere ser verdaderamente marxista, necesita partir de la realidad, y esa realidad es categórica. Podemos discutirla, podemos oponernos a ella, pero es totalmente imposible unir en una sola lista a los candidatos del PCE, del PSOE y del maoísmo, y todavía es más complicado que estos grupos lleguen a unirse con uno similar de tendencia trotskysta.

Es preciso tener en cuenta entonces que cada uno de los partidos y corrientes obreras asistirá a las elecciones de manera independiente, porque las bases que los conforman y sus direcciones están decididas a hacerlo. No podemos, entonces, encerrarnos en principios abstractos, sino que debemos mirar con detenimiento esa realidad para luego sustentar nuestra línea política. En este sentido, la resolución del Buró Político de la Liga Comunista Revolucionaria no da respuesta; y, al no hacerlo, no propone una línea correcta para las elecciones. Es, tal vez, una expresión de los deseos o aspiraciones electorales de la Liga Comunista Revolucionaria, no una línea para la acción. Insistimos: es una resolución para la abstención, nunca para la presentación y la actividad electoral de lleno. Por esta razón, no responde los interrogantes que nos hace la propia realidad: o sea, si no hay listas unitarias obreras, como seguramente sucederá, ¿qué piensa hacer la Liga Comunista Revolucionaria? Esto tiene un agravante, anunciado por ellos mismos: la casi imposibilidad de alcanzar la legalidad por parte de muchas organizaciones obreras y populares.

Frente a este problema concreto, llegan a una respuesta acertada: “la batalla fundamental se centra en la inmediata legalización de todas las organizaciones obreras y populares sin exclusión alguna”; sin embargo, aclaran que la voluntad del gobierno es dejarlas en la clandestinidad. Curiosa es la conclusión: “y mañana, ante las elecciones, si persiste —como es probable— la ilegalidad de determinadas organizaciones, será necesario que aquellos partidos obreros que se encuentren legalizados se comprometan a desarrollar todas sus posibilidades en defensa de la legalización de quienes aún continúan discriminados y en la utilización de todos los mecanismos que permitan a éstos expresarse más libremente ante la población”.

Realmente lamentable. Todavía en este momento es posible de que el PC no obtenga su legalidad; ha sido negada y ha pasado a consideración de la Suprema Corte. Es decir, los únicos partidos legalizados han sido los tres socialistas. Y nosotros, ante esta situación, exigimos que “los partidos obreros que se encuentren legalizados se comprometan a desarrollar todas sus posibilidades en defensa de la legalización”, “ante las elecciones”.

El boicot, otra alternativa

¿No se le ha ocurrido al Buró Político de la LCR la posibilidad del boicot? Si el PC no tiene legalidad, ¿no es una magnífica consigna que los partidos obreros boicoteen las elecciones por no tenerla? ¿Qué es eso de un compromiso del PSOE, “ante las elecciones”, para “desarrollar todas sus posibilidades en defensa de la legalización” de los otros partidos obreros? Esa conquista tendrá que hacerse a través de la lucha, y no de la campaña electoral. Nosotros debemos exigirle al PSOE que, si el PC y los otros partidos están ilegalizados, es irremediablemente necesario tomar medidas concretas de lucha para lograr esa legalización. Una de esas medidas puede ser el boicot a las elecciones u otras variantes parecidas. Pero no puede dejarse en manos de los partidos socialistas la lucha por la legalización de los partidos obreros rivales, cuando el gran beneficiado es el PSOE, y muy posiblemente su dirección haya sido la principal consejera de esa medida. Eso es ridículo. Son planteamientos de tipo platónico.

Lo que decimos no significa que no podamos terminar planteando el voto a los partidos socialistas contra los candidatos liberales y burgueses que el PCE eventualmente podría apoyar si sigue ilegalizado. Nosotros plantearemos, en principio, el frente único por el boicot sobre todo al PCE si éste permanece ilegal. Pero, en caso de que tal consigna no se concrete debido a que el PCE puede muy bien resolverse a apoyar a candidatos burgueses “progresistas” y se niegue, además, a boicotear las elecciones, entonces, en esa coyuntura, podríamos terminar apoyando el voto a los socialistas contra las listas “liberales” sostenidas por el PCE. Pero haríamos esto sin dejar de criticar al PCE y al PSOE por haber rechazado la consigna de un frente único por la legalización de todos los partidos obreros que impulse el boicot si éstos no son reconocidos.

La LCR idealiza a stalinistas y socialdemócratas

En resumen: la LCR no tiene política concreta frente a las elecciones. Sus dos planteamientos (candidaturas únicas y “compromiso” por la legalidad) no tienen nada que ver con la situación real y, por lo tanto, son lo opuesto a lo concreto. Giran en la estratosfera.

Pero es más abstracta aun cuando afirma: “en el caso de que no sea posible el acuerdo unitario que planteamos en el punto 3, proponemos a todos los partidos obreros asumir juntos esta tarea, dentro de las organizaciones del movimiento de masas”. Y esa tarea es “aumentar la politización, la organización, la conciencia de los trabajadores y el pueblo”. ¡Como si los partidos reformistas fueran capaces de cumplirlas!

La idealización hecha por la LCR de estos partidos es verdaderamente fantástica. Imaginar que es posible la unidad con estas organizaciones para aumentar la politización, la organización y la conciencia de los trabajadores y el pueblo, es algo increíble. No hay ninguna posibilidad del menor acuerdo para lograr estos objetivos, porque el rol del PCE y el PSOE dentro del movimiento obrero es exactamente el opuesto, y es imposible lograr su transformación por más llamados que les hagamos. Están en contra de aumentar la politización, la organización y la conciencia de los trabajadores, porque son agentes de la burguesía dentro del movimiento obrero. La única conciencia que proponen es la de colaboración de clases, así como la única politización es la conquista del respaldo de los organismos obreros a los gobiernos frente populistas.

Contra la monarquía en defensa de la República

Toda política bolchevique, trotskysta, tiene un objetivo práctico inmediato. En este caso, referido a las elecciones a las cortes en el estado español en 1977, con un rey que trata de consolidar su monarquía precisamente a través de ellas, y con un partido como el nuestro que busca, entre otros objetivos inmediatos y prioritarios, liquidar ésa monarquía.

La resolución de la LCR no responde a la más concreta e inmediata de las preguntas: Si por casualidad es elegido un diputado nuestro, o un diputado obrero influido por nosotros, o un diputado obrero unitario, ¿qué debe hacer en las Cortes? Según la LCR, debe luchar por los siguientes puntos:

“Por la Amnistía Total, las Libertades y Derechos democráticos sin limitaciones... Por el derecho a la autodeterminación de las nacionalidades oprimidas, lo cual supone la plena soberanía, sin condiciones, de estas nacionalidades en todo lo que afecte a sus relaciones con el Poder Central... Contra toda forma de ‘pacto social’. Por la libre negociación unitaria de las reivindicaciones obreras y populares... Por las elecciones libres a una Asamblea Constituyente que proclame la República”.

Continuemos, sin embargo, con los problemas prácticos, de todos los días. Ese diputado comienza a plantear estos puntos programáticos señalados anteriormente y se encuentra con un gran problema: otro diputado, monárquico, le manifestará que esas medidas, sobre todo la referente a la Asamblea Constituyente para proclamar la República, no es competencia estricta de la Corte. ¿Quién va a controlar la Asamblea Constituyente para proclamar la República? ¿Qué gobierno

va a llamar a las elecciones para esa Asamblea Constituyente? De aquí surgen de inmediato dos problemas:

1) Si las Cortes tienen el derecho a convocar unas elecciones libres para que la Asamblea Constituyente proclame la República. Es decir, se plantean los derechos de las Cortes en relación al derecho de la monarquía.

2) Se plantea igualmente el problema del gobierno que llame a la Asamblea Constituyente para proclamar la República. ¿Tiene que ser el del rey? ¿O tiene la mayoría de las Cortes el derecho a constituir ese gobierno?

Estas contradicciones, insolubles dentro del programa y de la resolución del Buró Político de la LCR, tienen su origen precisamente en que es un guiso de liebre sin liebre; es decir, se plantea una política y un programa electoral para las Cortes que no dice absolutamente nada acerca de ellas mismas. Y esa es la primera cuestión a responder. Es un programa que no contesta en forma inmediata y concreta a la pregunta: ¿qué hacemos con las Cortes en referencia al rey y al estado español? ¿Por qué mecanismos, entonces, logramos la República y la Asamblea Constituyente? Esta grave contradicción en la línea del BP de la LCR se debe también al carácter abstracto de su política.

¡Que vivan las Cortes! ¡Abajo el rey!

La LCR va a las elecciones con el mismo programa que ha tenido hasta ahora y que va a tener después de ellas. El mismo programa que en líneas generales viene sosteniendo desde antes de las elecciones, en este momento, ante su realización, lo levanta de nuevo sin hacerle ninguna adecuación a la realidad que se vive actualmente.

El rey llama a elecciones a Cortes para legalizar su monarquía. Si nosotros aceptamos tal convocatoria tiene que ser con el objetivo de lograr un propósito opuesto a la maniobra planteada: ilegalizar la monarquía. Como en el jiu jitsu, es preciso utilizar la ofensiva del gobierno, su fuerza, para transformarla en lo opuesto, con el objeto de golpear bien y lograr el knock out utilizando su propio envión.

Después de 40 años, son las primeras elecciones en España. Aunque sean recortadas son trascendentes, porque es un hecho nuevo que hace tiempo no se presentaba. La clase media y la amplia mayoría de la clase obrera están dispuestas a votar, y lo van a hacer porque justamente quieren incidir en el problema del gobierno, desean de alguna manera participar en la cuestión gubernamental. Es, por lo menos, ridículo no tomar en cuenta esta aspiración del movimiento de masas. Ellas votan por eso, no porque ya, conscientemente, traten de legalizar una Asamblea Constituyente que proclame la República en forma inmediata. Y esto es así, porque sus partidos reformistas han sido incapaces de inculcarles esa aspiración. Por el contrario, las han acostumbrado a negociar. Debemos, entonces, partir de ese elemento que da la realidad —las masas van a votar para ver si logran un gobierno influido por su voto— y desde allí plantear la consigna clara sobre las elecciones, aquella que resume toda nuestra política democrática-revolucionaria y antimonárquica. Y esta consigna no puede ser otra que las Cortes, elegidas por voto, aunque sea retaceado, tomen el gobierno. O sea, por un gobierno elegido por las Cortes, para que ellas se transformen en el gobierno de España y liquiden a la monarquía.

Tenemos que crear una especie de poder dual. Oponer las Cortes —producto del voto popular, aunque sea retaceado— al monarca que nadie eligió. Y en este poder dual, nosotros, los trotskistas, somos los únicos que podemos tener una política absolutamente clara, puesto que los partidos reformistas aceptan de hecho el juego de la monarquía de legalizarse por medio de las elecciones a las Cortes, mientras la ultra izquierda y los centristas ignoran este problema y se conforman con declaraciones vacuas, sin ninguna consecuencia concreta. Hoy día la posición trotskista en las elecciones pasa por una consigna tajante, categórica y revolucionaria: ¡Vivan las Cortes!, ¡Abajo el rey!

Esta consigna se puede concretar a través de otras más sutiles, por ejemplo, que las Cortes exijan la renuncia del rey, llamen a una Asamblea Constituyente proclamar la República y, mientras tanto, que tomen el gobierno en sus manos; o que impongan un primer ministro y suspendan la monarquía hasta que la Asamblea Constituyente proclame la república.

Sólo la realidad nos dirá si es necesario completar esta con otras para lograr nuestros objetivos. Pero hoy día no hay tarea más importante que usar las Cortes, la primera expresión nacional del voto popular democrático-burgués, con el propósito de oponerlas a la monarquía heredera del fascismo. Dentro de ellas tendremos que ser los más grandes defensores de su poder frente al monarca y llevaremos a cabo una lucha intransigente por el gobierno de los partidos obreros. Así podremos garantizar el cumplimiento de nuestras consignas y la correcta aplicación de nuestros principios.

De esta manera, la consigna de transición que nos llevará a la amnistía, a la autodeterminación de las nacionalidades oprimidas, a la libre negociación entre obreros y patrones, y a la Asamblea Constituyente que proclame la República, pasa por una primera consigna: oponer las Cortes al monarca y, dentro de ellas, enfrentar gobierno obrero a los gobiernos la burguesía. Sin un programa electoral en torno de este punto fundamental, tendremos una posición programática general, abstracta, que puede servir tanto para la época de elecciones como para cualquier otra.

Dos programas: uno obrero “puro” y otro frente populista

La LCR en su resolución “Por la unidad obrera en las elecciones”, lo hemos visto ya, levanta un claro programa de “candidaturas obreras únicas”. No se plantea, entonces, la unidad con nadie que no sea partidos y organizaciones obreras estrictamente delimitadas, con un carácter de clase que no ofrece ninguna duda.

Este planteamiento para las elecciones se complementa con una lógica de clase digna de subrayar en el “Manifiesto de la LCR a toda la opinión pública”, publicado en el mismo número especial de *Combate*. En él se levanta la línea de gobierno de los partidos obreros y se señala que “sólo un gobierno de los partidos obreros, apoyado en la acción de los trabajadores y el pueblo, responsable ante sus organizaciones, puede abordar la realización de este programa, abriendo el camino al socialismo”.

En síntesis: se es tan categóricamente clasista y obrero hasta el grado de no plantear siquiera un gobierno obrero y campesino o un gobierno obrero y popular. Es decir, se mantiene una posición tan cerradamente “proletaria”, que no se admite ninguna popularización de la consigna de la dictadura del proletariado, ni se es capaz de indicar la alianza del proletariado con el campesinado y los sectores populares urbanos. O sea, estos dos sectores masivos no entran en la fórmula de gobierno de la LCR para toda España.

Por eso, es en verdad insólito y sorprendente que la LCR tenga para Euskadi y Cataluña un planteamiento exactamente opuesto al que formula para España: mientras para ésta postula un gobierno estrictamente obrero sin intervención del campesinado ni el pueblo, para las mencionadas provincias, en cambio, propone un frente popular para las elecciones y el gobierno.

Con seguridad el lector se sorprenderá y creará que son exageraciones polémicas. Para comprobar el centrismo y el eclecticismo de estos camaradas, dignos de encomio por su gran espíritu de lucha, pero confundidos por quienes debieran haberlos educado en el trotskismo, nos permitiremos citar ampliamente un texto referido a las elecciones en el país vasco. *Combate*, en su número especial, dice lo siguiente:

“Nuestra posición parte de la necesidad de un programa de acción unitario frente a los planes del gobierno. Un programa democrático radical, popular y nacional, y que recoja la solidaridad con las luchas obreras. Un programa similar al que se explica en otro lugar de este *Combate* y que serviría como base, también, de unas candidaturas de las organizaciones obreras y *nacionalistas*

revolucionarias, respetando el derecho de cada una de ellas a realizar propaganda por el conjunto del programa de su partido”. (Énfasis nuestro.)

En otro apartado del mismo artículo se insiste sobre esto, y se critica a la “izquierda abertzale,² *la izquierda nacionalista revolucionaria* [porque] estaría tentada de plantearle una candidatura separada de las fuerzas obreras”. (Énfasis nuestro.)

Se denuncia, así nos parece entender, de que el nacionalismo revolucionario (la izquierda abertzale) no forme listas comunes con los obreros.

¿Qué significa esto? ¿Qué carácter de clase tiene el nacionalismo revolucionario? ¿Es una corriente obrera, pequeño burguesa, burguesa de izquierda? ¿Qué es?

Tenemos que empezar por una definición de clase, porque si es una corriente, por más guerrillera y valiente que sea, consecuente con los planteamientos nacionalistas en esta etapa del proceso, si tiene un carácter pequeño burgués, puede ser una corriente con fuertes tendencias programáticas burguesas. Porque la pequeña burguesía siempre engendra burguesía, y la unidad con ella, no para una acción, sino para una elección con “un programa democrático radical, popular y nacional” (es decir, no socialista) constituye una coalición electoral frente populista, de colaboración de clases.

“Un programa democrático radical, popular y nacional” no es una aplicación de la lucha de clases a las elecciones, sino todo lo contrario: es un planteamiento que encaja bien dentro de un frente popular al interior de una nación o nacionalidad oprimida.

Creemos que esta concepción tiene en cuenta también a Cataluña. Así, en el número especial de *Combate* se afirma que “los marxistas revolucionarios consideramos que el único gobierno que puede garantizar las reivindicaciones nacionales, políticas y sociales de las masas, es un gobierno de partidos obreros y nacionalistas revolucionarios”. Dicho de otra forma, un gobierno frente populista, a no ser que los nacionalistas revolucionarios no sean una corriente pequeña burguesa.

También es misterioso cómo no se indica el nombre de esos partidos nacionalistas revolucionarios, ni para las Vascongadas ni para Cataluña, abriéndose así la puerta a toda posibilidad revisionista y frente populista. Mientras para todas las elecciones españolas se mantiene una política abstracta, contradictoriamente, en las regiones donde la LCR tiene mayor influencia de masas, se ha abierto la puerta a una muy concreta política frente populista de colaboración con corrientes y partidos pequeño burgueses, ya sea para los comicios como para la posibilidad de la toma del gobierno, lo que es aún más grave.

Frente electoral, gobierno obrero y campesino, y unidad de acción

Los compañeros de la LCR confunden los frentes electorales con el gobierno obrero y campesino, y la unidad de acción. Esta confusión es extremadamente peligrosa.

Una elección no es una acción de masas, aunque puede tener implicaciones de tal. Puede, en algún momento, ser un medio para lograr una gran movilización de masas. Por ejemplo, al presentarse un fraude escandaloso u otro hecho espectacular alrededor de las elecciones que desencadene una acción del movimiento de masas. En cambio, una acción de masas nunca puede ser en sí misma una acción electoral, puesto que ésta es un mecanismo del estado burgués y al servicio de él, que usa con el propósito de desviar al movimiento de masas a un proceso en el cual se cree representado.

Nuestra intervención en una elección no debe llevar a confusiones. Participamos en las elecciones porque es un fantástico medio de agitación, casi único, privilegiado, tan importante a veces o más que las elecciones en los grandes organismos del movimiento obrero. Para el partido cumple un rol de primera magnitud. Le es muy útil porque le permite agitar ante las masas las consignas fundamentales en un momento histórico determinado. Esas consignas siempre deben

² Nacionalista radical vasco. [Editor.]

estar dirigidas en favor de la lucha de clases más intransigente y proponiendo, en cualquier situación, la independencia del movimiento obrero.

Las tácticas pueden ser muchas, las consignas también. Uno de los secretos de una buena campaña electoral es justamente saber levantar dos o tres consignas agitativas de fácil entendimiento para el conjunto del movimiento de masas. Pero ninguna campaña electoral debe confundirse con la unidad de acción, que es exactamente lo opuesto. En esta última, nosotros no tratamos de sintetizar la esencia de nuestro programa trotskysta revolucionario en un momento determinado, sino que intentamos encontrar aquellos puntos mínimos que nos permitan la unidad con tendencias oportunistas y reformistas del movimiento obrero.

En cambio, un frente electoral se construye para agitar nuestro programa, el cual se trata de sintetizar en consignas inmediatas, claras, masivas, entendibles para millones de trabajadores. No es, entonces, unidad de acción, sino todo lo contrario: es una tarea de tipo propagandístico y agitativo. La unidad de acción, en cambio, tiene como objetivo fundamental movilizar a las masas.

Igual sucede respecto al gobierno obrero y campesino. Nosotros levantamos esta consigna (o la de gobierno obrero y popular) alrededor de un claro programa de rompimiento con la burguesía. Es un programa para la unidad de acción de las masas, con el objeto de lograr su ruptura a nivel gubernamental con los partidos burgueses, obligando a las organizaciones obreras a distanciarse de éstos y no aceptar alianzas. En este sentido, es también una acción del movimiento de masas, en el cual tratamos de arrastrar a los partidos en los cuales ellas creen.

Hemos hecho estas consideraciones porque estamos sorprendidos que se llame a un frente electoral (y en base a un programa democrático) con los nacionalistas vascos, y a la formación de un gobierno común con los nacionalistas revolucionarios catalanes, que no sabemos quiénes son, por otra parte, pues están sin identificar.

Creemos que la LCR confunde el problema de la unidad de acción. Nos parece lícito y obligatorio llamar a las organizaciones nacionalistas vascas, no sólo a las de izquierda sino a la derecha nacionalista también, para acciones concretas, para una unidad de acción precisa; por ejemplo, una manifestación por la autonomía del país vasco, un gran acto en recuerdo de los mártires vascos, una gran huelga por la amnistía o cualquier otra acción parecida.

Nosotros debemos ser los abanderados de esa unidad de acción, no sólo con la izquierda, sino con toda organización nacionalista o partido obrero reformista que nos quiera acompañar.

Pero esa unidad de acción no la podemos trasladar al terreno electoral, porque entonces provocamos una confusión de clase. No podemos ir a las elecciones sólo planteando la amnistía total o, por ejemplo, para recordar a los mártires vascos, puesto que así llevaríamos la confusión a las masas. Nuestra política es, en primer lugar y esencialmente, una política de independencia de clase.

La unidad revolucionaria de España y Portugal

En los cuatro puntos del programa electoral unitario de la LCR, tanto como en el “Manifiesto a toda la opinión pública”, no se levanta una sola consigna internacionalista, a excepción de la “solidaridad internacional de los trabajadores frente al poder de los trusts y las multinacionales”. Insistimos, ni electoralmente, ni en el Manifiesto hay una sola tarea unitaria de tipo internacional, europea, o regional. En líneas generales, podemos señalar que la política de la LCR es fundamentalmente nacionalista.

Esta falta de una política internacional y regional tiene su propia manifestación nacional, ya que la LCR, tanto en su programa electoral como en su Manifiesto, no propone una política de unidad revolucionaria a escala española, de la Península Ibérica, y mucho menos europea y mundial.

Esto se agrava si tenemos en cuenta que uno de los puntos más importantes de la resolución electoral de la LCR, y también de su Manifiesto, es el derecho a la autodeterminación de las

nacionalidades y regiones existentes en España. Esa posición de la Liga es peligrosa, porque toma solamente una de las caras de una actitud auténticamente trotskysta y bolchevique: nuestra lucha por defender a toda nacionalidad que combate por su independencia o para lograr cierta autonomía en relación al imperialismo dominante.

Nosotros estamos por la de defensa de toda nacionalidad oprimida y por su derecho a expresar como quiera su aspiración a la autodeterminación. Pero este es un lado, un aspecto de nuestra política. Al mismo tiempo, somos intransigentes defensores de la unidad de España, de la Península Ibérica y de toda Europa. No somos separatistas, ni la esencia de nuestra política es el derecho a la autodeterminación nacional.

Si sólo defendemos este derecho y no señalamos que estamos por la unidad de toda la clase obrera española en un solo partido y en un solo estado que puede ser federativo, si no presentamos la fórmula que permite la autodeterminación dentro de la unidad (Por Federación de Estados Obreros Españoles, o de Repúblicas Obreras Españolas), cometemos un crimen político, porque le hacemos el juego a la burguesía y pequeño burguesía de las nacionalidades oprimidas; ellas sí están interesadas en el desarrollo de un mezquino régimen regional.

La carencia del más mínimo punto programático sobre el problema de la unidad revolucionaria proletariado a escala nacional, regional, continental y mundial, es particularmente chocante en relación a Portugal. Ni para las elecciones ni para después de ellas se levanta consigna alguna con referencia a la revolución portuguesa. Esto es verdaderamente lamentable, puesto que dentro de la Península Ibérica hay dos revoluciones, la una limita con la otra, y además en ambos países tienen antecedentes históricos, raciales y, en cierta medida, lingüísticos comunes. Sin embargo, la LCR no se plantea el problema. Toda la propaganda electoral y política de la LCR no tiene como uno de sus ejes el problema internacional y fundamentalmente el de la solidaridad revolucionaria entre la revolución portuguesa y española; por eso sigue negándose la LCR a levantar en su programa, tanto electoral como nacional, la línea de la Federación de Repúblicas Socialistas Ibéricas, o sea, española y portuguesa.

La lucha por la unidad socialista en las elecciones

Hasta ahora nos hemos limita a criticar a la LCR sin dar una respuesta positiva. Tampoco hemos respondido qué debe hacer un militante a partir de este momento para utilizar a fondo las elecciones. Esto ha obedecido a un objetivo: demostrar el carácter abstracto, contradictorio y a ratos frente populista de la posición de la LCR y por ese medio llegar a una conclusión positiva, dar una política presente y concreta para la intervención en los comicios.

Es total y absolutamente imposible la unidad de los distintos partidos obreros para las elecciones. Pero la realidad nos indica que, si no se puede lograr esa unidad total, por lo menos habría que luchar por lograr la unidad de todos aquellos que hoy día se reclaman del socialismo. Es decir, lograr estas candidaturas dentro de un proceso histórico positivo: el surgimiento de un fuerte partido socialista en España.

Creemos que este surgimiento sería un paso altamente progresivo del proceso de la lucha de clases y que sólo por esa vía podemos lograr un hecho objetivo de enorme trascendencia, el triunfo de los partidos obreros en las elecciones a las Cortes. Insistimos: sería un proceso social objetivo muy progresivo que los socialistas lograran candidaturas unitarias, un gran partido unitario que canalice a los millones de españoles que van hacia las posiciones socialistas y que al mismo tiempo se oponen al carácter burocrático, para ellos dictatorial, del PCE.

Nosotros, los trotskystas, tenemos que intervenir de lleno en ese proceso de un gran movimiento y partido socialista a partir de las elecciones, puesto que la salida ideal, luchar por candidaturas trotskystas independientes, difícilmente se pueda dar, con el agravante que la LCR está haciendo muy poco o nada para que se dé.

De esta manera, una política concreta tiene que ser la lucha del trotskismo español para lograr un gran movimiento socialista para las elecciones, de tal forma que nos permita fortificar el frente del PC y el Partido Socialista en las Cortes, con el fin de lograr la mayoría. Así podríamos plantear, en forma legal, la construcción de un gobierno de los partidos obreros por vía de las Cortes.

En la España de hoy, la LCR tiene que ser categórica, y orientar a sus militantes hacia la tarea sobre los grandes partidos de masas, que son el PCE y el Partido Socialista. Por esta razón, sería ridículo no entender las condiciones del momento, que nos permiten utilizar un engranaje formidable y sumamente progresivo desde el punto de vista objetivo, o sea, lograr una lucha consecuente por la unidad y por las candidaturas únicas de tipo socialista, y por el apoyo a los socialistas, y también al PC si se presenta en ellas, demostrando que somos los únicos abanderados por la formación de un frente obrero que participe en las elecciones. Esta es la única política viable, concreta y real que podemos tomar, además porque nos permite entrar en relación directa con decenas y decenas de miles de activistas obreros o directamente con la clase obrera, posibilitándonos una auténtica campaña electoral que frustre las maniobras de la oligarquía y del régimen posfranquista, quienes tratan de impedir nuestro contacto más directo con las masas. §

ANEXO 1

“*Combate*”... pero no contra el reformismo

He leído cuidadosamente el número especial de *Combate*, de la LCR española, correspondiente a febrero de 1977. Es un número extraordinario, excepcional, que pretende sintetizar y simbolizar qué periódico quieren publicar. Los heroicos y abnegados compañeros españoles merecen, más que nadie en la IV Internacional, que se les hable claro. Ese número especial pasará a ser una publicación de gran importancia para la Internacional puesto que ahí está corporizada, y puesta sobre la realidad, el pronóstico hecho nosotros sobre el peligro del deslizamiento hacia una capitulación total con los partidos comunistas europeos.

De tal manera, con profunda tristeza, me veo en la obligación de denunciar que el número especial de *Combate* es una de peores expresiones del centrismo y oportunismo de que se tenga memoria. Está a miles de kilómetros de Nin y a años luz de Lenin y Trotsky. Es tan oportunista y centrista que no hay una sola crítica a la política de carácter nacional del PCE y el PSOE. Al decir crítica no exagero: no hay una sola frase o comentario. Los tres únicos comentarios sobre los partidos reformistas son regionales o sectoriales.

1) En la página 7, hacen una “dura crítica” al Movimiento Democrático de Mujeres controlado por el PC por dos fallas organizativas en la preparación y desarrollo de las primeras jornadas de las mujeres trabajadoras de Madrid.

2) En la página 8, se critica al “PCE–PSOE” por su táctica electoral en Euskadi (¿sólo en Euskadi?) que los lleva a pactar la derecha vasca.

3) En la página 9, se dice, refiriéndose “Taula de Forces polítiques y sindicais de País Valencia”: “Las organizaciones burguesas de su interior, y las obreras, que están participando activamente en la comisión negociadora con el gobierno —PCE, PSOE — han claudicado ante el poder central y han acelerado la crisis.”

Quien calla, otorga

¿*Combate* no tiene nada que decir, ni siquiera una palabra, acerca de la política del PCE y el PSOE frente a la “apertura democrática” del gobierno de Suárez y el rey Juan Carlos? ¿La siniestra política vasca del PCE y del PSOE es una excepción? ¿Rompieron la disciplina de sus partidos o es parte de una política nacional? ¿La política del PCE con relación a los asesinatos de los abogados es incorrecta o traidora? ¿Las líneas sindicales del PCE y el PSOE son clasistas u oportunistas? ¿Las direcciones de los partidos reformistas están o no, bajo cuerda, por el pacto social al servicio de la burguesía? ¿Son los partidos obreros mayoritarios consecuentemente republicanos o están dispuestos a pactar con la monarquía? ¿Están o no por la preparación de una huelga general contra el régimen?

Un número especial de un periódico revolucionario que no se plantee y responda estos interrogantes, políticamente fundamentales y decisivos, no tiene nada de leninista ni trotskysta. Es

un pésimo periódico informativo de las luchas sindicales y de las nacionalidades oprimidas, pero no un órgano marxista revolucionario.

Así no es casual que en el “Manifiesto de LCR a toda la opinión pública” se afirme esto: “La LCR es una organización que durante los peores años de la dictadura ha unido sus esfuerzos a los del resto de partidos obreros y de las nacionalidades en la batalla por la libertad y contra la explotación capitalista”.

Tampoco sorprende la lamentable explicación de que la LCR es internacionalista “porque defendemos la necesidad de la solidaridad internacional de los trabajadores frente al poder de los trusts y las multinacionales y mantenemos estrechas relaciones fraternales con las organizaciones de la IV Internacional”.

En todo el periódico y en el Manifiesto no se explica en ningún momento nuestro carácter de organización nacional e internacional independiente, precisamente porque el PCE y el PSOE a escala nacional, como los PC y el PS a nivel internacional, son partidos traidores de la clase obrera, que practican una política de colaboración de clases y por lo tanto no luchan contra la explotación capitalista y han provocado por eso la crisis de dirección del movimiento obrero mundial y español.

La LCR en su Manifiesto dice exactamente lo contrario: “los... partidos obreros” (españoles) están “unidos” “en la batalla” “contra la explotación capitalista”. A buen entendedor pocas palabras: la LCR sólo tiene diferencias tácticas con el PCE o el PSOE ya que desde hace largos años están unidos “en la batalla” “contra la explotación capitalista”.

Por qué y cómo somos internacionalistas

Según *Combate* especial y el Manifiesto, la LCR es internacionalista por la misma razón que el stalinismo: por “solidaridad internacional de los trabajadores frente al poder de los trusts y las multinacionales”.

Esta concepción antimarxista del internacionalismo como frente único contra los trusts y las multinacionales le sirve al stalinismo para oponerse a la revolución permanente a escala nacional e internacional, ya que al luchar sólo contra las multinacionales deja abierta la posibilidad del frente popular con la burguesía supuestamente “no monopolista” y “nacional”.

Y esta no es una especulación abusiva. Cualquiera que conozca la propaganda “eurocomunista” sabe que su adorno preferido es la verborragia “antimonopolista”, que parece muy radical pero que es el justificativo para el frente popular con los burgueses supuestamente “no monopolistas”. La formulación “internacionalista” del Manifiesto de la LCR no es más que un eco “trotskizante” de ese punto clave de la demagogia del “eurocomunismo”, que no se denuncia bajo ningún aspecto.

El internacionalismo trotskysta surge de la concepción de la revolución mundial, de la revolución permanente. Ese internacionalismo se concreta en el Partido Mundial de la Revolución Socialista, de la revolución contra todos los explotadores, desde los multinacionales hasta los regionales. Por eso Marx y Engels fundaron la Primera y la Segunda internacionales cuando no existían los trusts y las multinacionales, porque querían hacer la revolución socialista internacional.

Somos los herederos de ese programa de la revolución socialista internacional y por eso denunciaremos las traiciones de la Segunda y Tercera internacionales, que abandonaron para siempre ese programa de la revolución internacional. Señalamos la traición de los partidos comunistas, que ocultan su lucha implacable contra la revolución socialista internacional y su política de colaboración de clases bajo el manto de la “necesidad de la solidaridad internacional de los trabajadores frente al poder de los trusts, y las multinacionales”.

ANEXO 2

De una carta a los compañeros españoles

Por la unidad socialista frente a las elecciones

París, 11 de febrero de 1977

Queridos compañeros:

[...] A tres meses de las elecciones es preciso encontrar la consigna central que dé coherencia y claridad a nuestra política. Se me ocurre que la consigna más o menos tiene que ser “unificación de todas las tendencias socialistas, de todos los socialistas, sin exclusiones, para imponer un gobierno de todos los partidos obreros”. Palabras más, palabras menos. Obviamente, de ella surge una estrategia y una táctica electoral bien definida.

En nuestra consigna de “unidad socialista” hay dos aspectos. Por considerarlo de gran importancia quiero insistir en el primero: plantea objetivamente la posibilidad de derrotar electoralmente a la burguesía y lograr un triunfo de las ideas socialistas.

La división del socialismo en las elecciones, la división de todas las corrientes que se reclaman socialistas, no es un triunfo del movimiento de masas, sino una derrota. Si lográramos impulsar o, por lo menos, participar en un proceso en el cual las masas que se vuelcan al socialismo se unan en una sola alternativa frente a los partidos burgueses, e inclusive frente al propio stalinismo, seríamos partícipes de un triunfo del movimiento de masas.

Por el contrario, la dispersión de las corrientes socialistas sería un triunfo de la burguesía. Su unidad —insisto— sería, en cambio, una victoria muy relativa y distorsionada del movimiento de masas, teniendo en cuenta la gran debilidad del trotskismo. Lo ideal sería, por supuesto, que los trotskistas españoles fueran una potencia y pudieran ganar a esas masas disputándoselas a los reformistas en el proceso electoral.

Pero, como esa perspectiva no es posible por ahora, nos quedan dos alternativas reales (no hay una tercera):

¿Qué puede pasar con el socialismo dividido?

El socialismo se presenta dividido a las elecciones; esto significaría una pérdida enorme de votos; una minoría de ellos iría a la ultra o al PCE, pero la gran mayoría iría a los partidos burgueses liberales —como la democracia cristiana, por ejemplo— que van a aparecer como los campeones de la “democracia”... burguesa.

Pero lo más grave de todo es que no va a surgir una clara alternativa electoral de poder. Al no haber un fuerte partido socialista que gane las elecciones o tenga en ellas un gran éxito junto con el PCE, puede darse el peligro de una situación como la de Italia: que las masas se dividan entre un partido liberal burgués mayoritario (PDC, [Partido Democrático Constitucional]) y el Partido

Comunista. Esto nos impide plantear la formidable consigna de un gobierno conformado por los partidos electoralmente mayoritarios que se reclaman socialistas y obreros, tales como el PS, PC y los centristas y ultra izquierdistas.

Para evitar ese desastre, la unidad socialista

La otra alternativa es la unidad del movimiento socialista frente a las elecciones que, en las condiciones actuales, significa un gigantesco progreso del movimiento de masas, puesto que se abre la posibilidad concreta de una derrota de los partidos burgueses. De ahí la importancia de la consigna. En la medida que refleja una profunda necesidad objetiva, comprueba que no es una consigna maniobrera. Es así entonces cómo la unidad traería como resultado un gran avance del movimiento de masas, mientras la división sería un verdadero desastre, un triunfo de la burguesía.

Es la mejor política hacia el PCE

El otro aspecto positivo de nuestra consigna de unidad socialista va más allá de los puntos que antes hemos enunciado, ya que nos permite poner contra la pared al PC, exigiéndole el compromiso de un gobierno unitario de los partidos obreros. Así estaremos combatiendo, al mismo tiempo, sus planes frente-populistas que son, en el fondo, los mismos que los de la dirección socialista. Se abre, entonces, la posibilidad, para después de los comicios, de levantar la consigna: “que los partidos obreros triunfantes en las elecciones tomen el poder”.

Nuestra política electoral nos permite, entonces, lograr nuestro más caro anhelo: un punto de apoyo sólido desde el cual dirigimos a las bases del PC, sus activistas y militantes, quienes, junto con sectores de la ultra izquierda, son lo mejor del proletariado español en cuanto a dinamismo y actividad. La consigna de “unidad socialista” concreta así nuestra estrategia y táctica, pero una vez formulada las enriquece a ambas.

Todos sabemos que debemos acercarnos a los obreros comunistas. Esta línea se fortifica con la consigna electoral, no sólo porque nos permite influenciar a las masas que se incorporan al socialismo, sino tener una fuerte intervención sobre la base del PC, y también sobre la ultra izquierda alrededor del carácter del futuro gobierno.

Nuestra consigna de “unidad socialista para las elecciones” tiene como objetivo fundamental, y no secundario, el poder dirigirnos a las bases del PCE y las Comisiones Obreras en forma contundente, con mucha más fuerza de cómo lo hacemos en la actualidad, y de cómo lo podríamos hacer si continuamos independientes o no intervenimos en las elecciones. Es decir, aplicamos una política que puede centuplicar nuestra fuerza. Ese es el objetivo. [...] §